

## EN EL ESCENARIO DE "MARIA"

Por CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Profesor de Literatura Colombiana en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (\*)

En las más de las horas de la vida suele fluctuar el alma de los hombres entre la esperanza sin júbilo y la añoranza invencible; y solamente un laborar intenso, con embate de músculos y de facultades por igual, logra casi siempre fatigar las penas, apaciguar el pensamiento, adormecer el corazón; para que luego torne rediviva la parábola de la suprema y única ansiedad al par noble y terrena: alcanzar y consolidar un privilegio inalterable de continuidad espiritual.

Estos sitios, estos ámbitos de lumbres y de sombras impenetrables bajo el tiempo, sacrosantas de eternidad en la ilusión, han conjugado y vivificado en un punto de la tierra innumerable de bellezas, los júbilos de la esperanza realizada, la victoriosa evocación del misterio inmaculadamente pasional, la intensidad laboriosa y lograda de un físico recobro, los sosiegos de la meditación, la plenitud del sentimiento. Henos aquí, por ello, en el ápice de una de aquellas aladas evasiones con que logra mantenerse —para consuelo, desagravio y galardón— el privilegio de una inalterable continuidad espiritual.

Entre los factores integrales de esa continuidad la suprema jerarquía le fue dada al amor, que cuando es grande por esencial y verdadero, no exige más que la mutua conciencia de existir: un amor que puede hacer o no hacer cambiar las cosas, pero al que las cosas nunca lograrán modificar.

Buceando con sapiente delectación inquisidora en ese firmamento abismal que Edgardo Allan Poe poblara con la fantasmal teoría de sus amadas —Ligeia, Berenice, Eleonora, Annabel Lee—, descubriónos el filósofo la existencia de un rarísimo espécimen de amor en el que lo que se sueña y espera es una suerte de ventura semejante a la

(\*) Palabras del autor en la entrega que hizo la Gobernación vallecaucana, de la obra de restauración de las casas solariegas en la histórica hacienda de *El Paraíso*.—Agosto de 1958.

muerte; algo como esa efusión final que reúne los cuerpos y las almas de Isolda y de Tristán en el último acto del drama wagneriano. Realidad de un anhelo supremo, ultravitalmente puro, que nada tiene que ver con amores y amoríos. Tampoco es *amor* en el sentido de la vieja pasión humana; quizá su mejor denominación conceptual se logre con la palabra *simpatía*, esta vez, por única, en su total etimológica pureza: comunidad de sentimientos; sufrir, soñar, embelesarse, erguirse, prosternarse, palpitar juntos, con una vida que es sólo poética, hasta llegar juntos a los umbrales de la muerte, y en ella reconocerse y consustanciarse antes de disolverse en el alma universal.

Así fuera el amor que ungió de inmortalidad estos muros restaurados; y lo fue sin que los mismos que así se amaron lo supieran, lo pensasen, menos aún lo intentaran y pactaran. Y el artista que recogiera aquel amor en su adorable libro, tampoco lo supo; ni necesitaba saberlo, porque para la perduración inmarcesible de su obra bastáronle los simples hálitos que con la propia alma le infundiera. Para decirlo con el dístico de Herrera Reissig, también aquel amor

doliente y silencioso lo mismo que una herida  
fulgía sin saberlo lo mismo que una estrella.

¿No es la emoción, acaso, el verdadero imperio de la literatura? ¿Y no es axioma venturoso el que la poesía es la natural respiración de los pueblos dotados de sensibilidad?

Talvez en eso mismo esté encerrado el diáfano secreto de la belleza incomparable de este Valle; porque ya lo dijo un excelso pintor lírico de paisajes: "el Divino Creador entregó el mundo a los poetas para que de ellos recibiera el toque último y mejor." De donde hay para concluir en que la creación no estará nunca terminada sino en la medida que los poetas la interpreten.

¿A qué pedir, pues, como cierto día se pidiera, un fallo escuetamente humano sobre aquel libro divino? ¿Para decidir si estaba técnico-novelisticamente estructurado y poder concederle entonces matrícula en los catálogos del género? ¿Qué nos importa si está o no lo está? ¿De qué le vale al Arte ganar el mundo de la técnica si acaba por perder en él su alma? Aquel idilio sin par, así carezca de las convencionales especificaciones que le dieran carta y merecimientos de novela, erige, en cambio, frente a la claudicación meramana de las categorías espirituales, todas las lozanías del corazón, todos los vitales impulsos, todo el prestigio intemporal del espíritu en perenne juventud existencial; por él persisten incólumes en nuestro mundo el paisaje y el amor, "únicos despojos salvados de un edén perdido"; salvados por la sensibilidad para la inteligencia, a la mayor gloria y pleitesía del arte.

En *Maria* los huracanes pasionales del deseo se convirtieron en brisas suspirantes para poblar el valle de los cámbulos y los palmares colombianos. Aquí el amor fue anhelo sin forma, expectación devotísima de lo sumo espiritual, inmanencia acrisolada sobre las as-

cuas del renunciamiento, para luego ascender entre la llamarada de una incombustible transfiguración. Por eso ante el ciego flagelo de una crítica larga de períodos y corta de penetración, las páginas de nuestra *María* habrán de erguirse siempre como un peñón marino, emergiendo impasible y solitario al sol de la belleza y la verdad sobre las olas aplacadas.

Por ello fueron esas páginas lo que tenían que ser en su entonces, para el presente y para siempre: un producto romántico, vale decir fiel a sí mismo, no a moldes europeos que, antes bien, muy al contrario, fueron hechos con arcillas del mundo tropical, y aún a veces concretamente americano: díganlo, si no, *Atala* y *Virginia*, las hermanas mayores, pero no más hermosas ni más celestemente humanas, ni más sin ventura que la lilial *María*.

Y fueron también aquellas páginas un romántico fanal —no un reflejo— de una nueva raza; fueron semblante de su medio y su sitio cronológicos; y lo fueron porque estaban predestinadas a constituir perenne monumento de la historia y la psicología de las letras castellanas en América, de una América en todas cuyas jerarquías hemos nacido, y somos y seremos soñadores por temperamento, románticos por naturaleza. Y bienaventurados los unos y los otros porque de ellos es el reino de las almas.

En las páginas de *María* la sentimentalidad (pues que el vocablo *sentimentalism*● lleva en sí lo elemental pero con implicación peyorativa) existe elemental, sí, pero de una manera intrínsecamente refinada. Isaacs extrajo su *María* desde los socavones milenarios de la propia sangre, desde los veneros del íntimo ser; así como se extrae ese guijarro divino, fruto de la comprensión cósmica, que es el diamante en su metamórfico misterio. Y como un lapidario genial, tras eliminarle la rugosa corteza, lo facetó para multiplicarle el prisma y el crucero; le abrió mil y una pupilas —que algo se va de las pupilas en cada lágrima; y las lágrimas fueron constelaciones del paisaje— hasta convertir esas páginas, un día, quizá una ya alta noche, en gema traslúcida y sagrada que luciera en la frente de Colombia.

Vengan, pues, fragores, tempestuoso relampaguear, frías y verbosas rachas de la crítica, huracanando sobre el libro inimitable, cerrando contra la grácil ternura de sus páginas. ¡Qué lleguen! Aquí estarán siempre, en meridiana o en nocturnal vigilia, los espíritus guardianes, los manes tutelares de esta morada, los genios benéficos del bosque, las hadas amigas ocultas “en los sauces y bambús”; ellos saldrán a acorazar el libro, igual que a la palmera, guarecida en la propia finura de su talle: el tormentoso azote al sacudirlos logra solamente hacer resaltar el espectáculo hechizante de su donaire juncal y el revolar de sus flabelos; ellas —páginas y hadas— serán como libélulas sostenidas en la propia ingravidez de su belleza: el vendaval conseguirá solamente acrecentar el esplendor que ondula y peregrina en el contorno.

*María*, genuino producto de sentimentalidad americana, romántica hasta la medula, cristalinamente azul como la comba de su do-

sel geográfico, como las aguas manantiales del caucano escenario, ha quedado para siempre erguida, sólida como un nevado andino; y en los recodos y los troncos florales de nuestra historia seguirá siendo —péndulo indecible— una catleya constelada perennemente de rocío.

Casa del Paraíso, espejo de ilusión;  
sede del amor hermoso;  
causa de nuestra fantasía;  
urna insigne de espiritual honor;  
huerto de místicas rosas;  
torre lumínica sobre el Valle  
de todos los matices;  
puerta celeste de la tierra;  
estrella del crepúsculo;  
arca de alianza entre los ensueños y los poderíos:

alabada seas y bendecida quedas en la voz de todos los que aman,  
en el amor de todos los que creen.